

Porque así lo mandó el Cid  
Y así ha de ser obrado.  
El rey y la su muger  
Para el Cid habían llegado,  
Ambos las manos le besan,  
De lo ver se han espantado,  
Que no semejaba muerto,  
Sino vivo y muy honrado;  
Muchos vienen á lo ver  
De Castilla ese reinado,  
Tambien vino don Garcia,  
Rey dese reino navarro,  
Consigo trae su muger,  
Fija del buen Cid loado.  
Las manos besan al Cid  
Muchas lágrimas llorando,  
Todos van para San Pedro  
Porque allí le han enterrado.  
Aquese buen rey Alfonso  
Que ha sabido lo pasado  
De Toledo se partiera  
Y á San Pedro había llegado  
Saliéronle á recibir  
Los al Cid emparentados.  
Mucha honra fizo el rey  
Al cuerpo del Cid honrado,  
Mandó que no se enterrase,  
Sino que el cuerpo arreado  
Se ponga junto al altar  
Y á Tizona en la su mano :  
Así estuvo mucho tiempo,  
Que fueron mas de diez años.

LXXVII. — (Anónimo.)

En Búrgos nació el valor  
Gloria y amparo de España,  
Que es costumbre en la cabeza  
Poner la insignia mas alta.  
Aquel que vitorias suyas  
De eterna memoria estampa  
En los dos polos su nombre  
Y el cielo da gloria al alma :  
De quien españoles reyes  
Tienen de su sangre tanta,  
Que si duermen los despierta  
A la guerra y las hazañas;  
El que á los hijos de Agar  
Destruyeron sus espadas,  
Y á siete reyes venció,  
Después de muerto, en batalla :  
El valeroso y leal  
A su señor y á su patria,  
Que hizo famosa á Hesperia

Y á las estrellas la ensalza :  
A quien prudentes varones  
Ponen solo entre las armas,  
Y por sus grandes proezas  
Príncipe dellas le llaman,  
Y moros sus enemigos  
Por excelencia llamaban  
El invencible Rodrigo  
Y señor de la campaña.  
Y siendo cuan bueno fué  
Tiró la envidia su lanza,  
Mas las armas de virtud  
El hierro suyo no pasan,  
Que como sucede siempre,  
Quien mal anda mal acaba,  
Y golpes de arma traidora  
A su mismo dueño matan.  
No pudieron las traiciones  
De muchos manchar su fama,  
Que con la infamia de aquellos  
El cielo se la limpiaba.  
En San Pedro de Cardeña  
Su cuerpo la tierra ensancha,  
Que como lo hizo en vida  
Allí tampoco le falta.

LXXVIII. — (Sepúlveda.) (1)

En Sant Pedro de Cardeña  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros ni de cristianos,  
Por mando del rey Alfonso  
En su escaño está sentado,  
Su noble y fuerte persona  
De vestidos arreado :  
Descubierto tiene el rostro  
De gran gravedad dotado,  
Su blanca barba crecida  
Como de hombre estimado,  
La buena espada Tizona  
Puesta la tiene á su lado ;  
No parece que está muerto,  
Sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
Como está ya razonado ;  
Por su alma que es en gloria  
Hacen fiesta cada año.  
A ver su cuerpo tan bueno  
Mucha gente se ha llegado.  
Fuera de donde está el Cid  
La fiesta se hizo un año,  
Su cuerpo quedaba solo,  
Ninguno le ha acompañado.

(1) Ni este romance ni el que sigue son de la vida del Cid, pero se colocan como serie de ella porque tratan de la memoria de este héroe.

Estando desta manera  
Un judío había llegado :  
Cuidando estaba entre sí  
Desta suerte razonando :  
— Este es el cuerpo del Cid  
Por todos tan alabado,  
Y dicen que en la su vida  
Nadie á su barba ha llegado,  
Quiero yo asirle della  
Y tomarla en la mi mano,  
Que pues aquí yace muerto  
Por él no será escusado :  
Yo quiero ver qué fará,  
Si me pondrá algun espanto. —  
Tendió la mano el judío  
Para hacer lo que ha pensado,  
Y antes que á la barba llegue,  
El buen Cid había empuñado  
A la su espada Tizona  
Y un palmo la había sacado.  
El judío que esto vido  
Muy gran pavor ha cobrado :  
Tendido cayó de espaldas  
Amortecido de espanto.  
Halláronle allí caido  
Los que en la iglesia han entrado,  
Agua le echan por el rostro  
Para hacerlo acordado,  
Y vuelto que fuera en sí  
Todos le han preguntado  
Qué cosa fuera la causa  
De verlo tan mal parado :  
El luego les declaró  
La causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
Por el milagro contado  
En se acordar que su siervo  
No quiso fuese ensuciado  
Por mano de aquel judío  
Que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado :  
Finó en servicio de Dios  
En San Pedro el ya nombrado,  
Y en él acabó sus dias  
Como cualquier buen cristiano.

LXXIX. — (Anónimo.)

De Castilla van marchando  
A Navarra con su gente  
Don Sancho á quien dieron nombre  
Por sus hechos de Valiente.  
Delante lleva el despojo  
Que ganó su brazo fuerte

En las tierras de Castilla  
Sin que nadie le impidiese.  
Triunfante, rico y contento  
Por sus jornadas se vuelve,  
Dejando á los castellanos  
Despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardeña  
Mandó que el curso enderecen  
La escolta y la cabalgada  
Para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
Al abad que en guarda tiene  
El santo cuerpo del Cid,  
Aguardó que el rey se acerque.  
Aderezóse entre tanto  
Como en procesion solemne,  
Y con la insignia del Cid  
Sale para cuando llegue.  
Al son de las roncadas cajas  
Marchando de siete en siete  
Al rey que llevan en medio  
Miran ufanos y alegres,  
Tremolando las banderas  
Junto al rey, que alegramiento  
En ellas ponía los ojos  
Como en su mayor deleite.  
Yendo el valiente don Sancho  
Marchando con sus ginetes,  
Llegó donde el santo abad  
Le aguardaba alegremente.  
Puso en tierra las rodillas  
Diciendo : — Rey, no desprecies  
Mi razon, ni á la voz mia  
Tu justo oído le cierras.  
Bien sabes, valiente rey,  
Y cuantos estais presentes,  
Que esa presa es de cristianos  
Y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
Son causa para ponerte  
Siempre la espada en la mano  
Por su daño y con sus muertes.  
Muy bien pudiera escusarse  
La sangre que dellos viertes  
Con que volvieras la espalda  
A los moros que nos vencen.  
Mira, buen rey, esta insignia  
Que es del Cid de quien descienes.  
Y póngotela delante  
Para que esa presa dejes. —  
Conociendo el rey la insignia  
Del caballo se desciende,  
Y en el suelo de rodillas  
La saluda desta suerte :  
— ¡ O estandarte poderoso

(1) A igual asunto del de Sepúlveda, que dice : « En Navarra es rey don Sancho. »

De aquel varon excelente  
Que fué muro de Castilla  
Y cuchillo de la muerte;  
De quien tembló la morisma;  
Quien deshizo sus poderes;  
Quien venció muerto al rey Dúcar  
Y tuvo vasallos reyes;  
A quien hablaban los santos  
Y le acompañaban siempre,  
Y le alcanzaron de Dios  
Que vencido no se viese!  
A vos y ante vos consagro,  
Como á quien tan bien se deben,  
Estos despojos de guerra,  
Y en vuestro templo se cuelguen —  
Y en diciendo estas razones  
Mandó que los presos suelten,  
Y toda la presa junta  
Al bendito abad se entregue  
Por amor y reverencia  
Del Cid, á quien se la ofrece,  
Reconociéndole muerto,  
Que nunca su nombre muere.

## LXXX.—(Anónimo.) (1)

Por el mes era de mayo  
Cuando hace la calor,  
Cuando canta la calandria  
Y responde el ruiseñor,  
Cuando los enamorados  
Van á servir al amor,  
Sino yo, triste cuitado,  
Que vivo en esta prision,  
Que ni sé cuando es de día  
Ni cuando las noches son,  
Sino por una avejilla  
Que me cantaba el albor.  
Matóla un balletero,  
¡ Déle Dios mal galardón!  
Cabellos de mi cabeza  
Lléganme al corvejon,  
Los cabellos de mi barba  
Por manteles tengo yo,  
Las uñas de las mis manos  
Por cuchillo tajador:  
Si lo hacia el buen rey,  
Hácelo como señor;  
Si lo hace el carcelero,  
Hácelo como traidor.  
¡ Mas quién agora me diese

(1) Este romance verdaderamente popular no habla del Cid, pero pertenece á la serie de su historia, porque trata de la muerte de don Garcia despojado y aprisionado por don Sancho, y al cual don Alonso VI no quiso dar libertad para aprovecharse de la usurpacion empezada

Un pájaro hablador,  
Siquiera fuese calandria,  
O tordico ó ruiseñor,  
Crisdo fuese entre damas  
Y avezado á la razon,  
Que me lleve una embujada  
A mi esposa Leonor,  
Que me envíe una empanada  
No de truchas ni salmon,  
Sino de una lima sorda  
Y de un pico tajador,  
La lima para los hierros  
Y el pico para el torreón! —  
Oídolo habia el rey,  
Mandóle quitar la prision.

## LXXXI.—(Anónimo.) (2)

Ese buen rey don Alfonso  
El de la mano horadada,  
Después que ganó á Toledo  
En él puso su morada,  
De do ganó los lugares  
De moros que allí quedaban,  
Montalban y Talavera,  
Oropesa y Mejorada,  
Y la villa de Escalona,  
A Maqueda y Santa Olalla.  
Ganó á Canales y á Illescas,  
Madrid y Guadalajara,  
Alcalá y Tordelaguna,  
A Uceda y á Salamanca.  
Ganó á Buitrago y Atienza,  
A Sigüenza y á Berlanga,  
Y ganó á Medinaceli,  
Y ganó toda el Alcarria  
De la otra parte del río  
Que agora Tajo se llama,  
Sin otros muchos lugares  
Que allende el río ganára.  
Luego en ganando el lugar  
De cristianos le poblaba,  
Luego le hace su iglesia,  
Luego le pone campanas:  
Déjalos fortalecidos  
Y á Toledo se tornára.  
Elegido ha un arzobispo,  
Don Bernardo se llamaba,  
Hombre de muy santa vida,  
De letras y buena fama,  
Y de que lo hubo elegido

por aquel. Este asunto le trata muy mal Sepúlveda en un romance que dice: «En el castillo de Luna.»

(2) Tampoco es del Cid, pero pertenece á la historia de su tiempo.

Por nombre le intitulaba  
Arzobispo de Toledo,  
Primado de las Españas:  
Todo cuanto el rey le diera  
Se lo confirmára el papa.  
Desque ya tuvo el buen rey  
Esta tierra sosegada,  
A la reina su muger  
En gobernacion la daba.  
Fuése á visitar su reino,  
Fué á Galicia y su comarca.  
Después de partido el rey,  
La reina doña Costanza  
Viendó su marido ausente  
Pensamientos le aquejaban,  
No de regalos de cuerpo,  
Mas de salvacion del alma.  
Estando así pensativa  
El arzobispo llegára,  
En llegando el arzobispo  
Desta manera le habla:  
— Don Bernardo, ¿qué haremos,  
Que la conciencia me agrava  
De ver mezquita de moros  
La que fué iglesia santa,  
Donde la reina del cielo  
Solía ser bien honrada?  
¿Qué modo, dice, ternemos  
Que torne á ser consagrada,  
Que el rey no quiebre la fe  
Que á los moros tiene dada? —  
Cuando esto oyó el arzobispo  
De rodillas se hincaba:  
Alzó los ojos al cielo,  
Las manos puestas hablaba:  
— Gracias doy á Jesucristo  
Y á su Madre Virgen santa,  
Que salis, reina, al camino  
De lo que yo deseaba.  
Quitémosela á los moros  
Antes hoy que no mañana,  
No dejéis el bien eterno  
Por la temporal palabra.  
Ya que el rey se ensañe tanto  
Que venga á tomar venganza,  
Perdamos, reina, los cuerpos,  
Pues que se ganan las almas. —  
Luego aquella misma noche

Dentro en la mezquita entraba;  
Limpiando los falsos ritos  
A Dios la redificaba,  
Diciendo misa este día  
El arzobispo cantada.  
Cuando los moros lo vieron  
Quejas al rey le enviaban;  
Mas el rey cuando lo supo  
Gravemente se ensañaba:  
A la reina y al perlado  
Malamente amenazaba;  
Sin esperar mas consejo  
A Toledo caminaba.  
Los moros que lo supieron  
Luego consejo tomaban;  
Sálenlo á recibir  
Hasta Olias y Cabañas,  
Llegados delante el rey  
De rodillas se hincaban:  
— Mercedes, buen rey, mercedes, —  
Dicen, las manos cruzadas;  
Mas el rey que así los vido  
Uno á uno levantaba:  
— Calledes, buenos amigos,  
Que este hecho me tocaba,  
Quien á vos ha hecho tuerto  
A mi quebró la palabra;  
Mas yo haré tal castigo  
Que aina habreis la venganza. —  
Los moros cuando esto oyeron  
En altas voces clamaban:  
— Merced, buen señor, merced,  
La vuestra merced nos valga:  
Si tomáis venganza desto  
A nos costará bien cara,  
Quien matare hoy á la reina  
Arrepentirse ha mañana.  
La mezquita ya es iglesia,  
No nos puede ser tornada,  
Perdonedes á la reina  
Y á los que nos la quitaran,  
Que nosotros desde agora  
Os alzamos la palabra. —  
El buen rey cuando esto oyera  
Grandemente se holgára,  
Dándoles gracias por ello  
Perdido ha toda la saña.

